

CUENTO

EXPIACIÓN

DECLINABA la tarde y las tintas violáceas del crepúsculo amortiguaban el vivo colorido de la tapicería y los refulgentes destellos del oro prodigado en los muebles, artísticos bronceos y artesones del rico salón Luis XV, donde penetraron las dos señoras de la casa.

En cómodo sillón aposentóse la anciana. Junto, muy junto a los añosos troncos que ardan en la alta chimenea. Su amable rostro orlado por sus blanquísimos cabellos, partidos en dos bandos, retrataba la placida serenidad de una conciencia jamás turbada por el oleaje de las pasiones.

La más joven — apenas habría saltado los cuarenta —, permaneció en pie, dando muestras de ligera impaciencia, de extraña excitación, soportada pacientemente por el pañolito de fino *guipure* que con sus marfileños dedos estrujaba. Todavía bella, con ese *todavía* sostenido por muchas mujeres a costa de sacrificios y mortificaciones, tenía sin embargo impresa la huella del dolor, esos surcos que en las mejillas pálidas, como rosas de té, dejan los días tristes de una existencia apasionada o desgraciada.

—No puede tardar— se oyó decir a la que permanecía en pie.

—Calma, hija mía, calma— contestó la anciana— y procura dominar esos nervios. No olvides que este caballero va a cumplir una misión independiente de su voluntad y que tenemos el deber de respetar.

Otra vez el silencio reinó en el salón y madre e hija permanecieron frente a frente, cambiando una de esas miradas, que en las horas de prueba, ligan con más fuerza las almas fundidas en un mismo troquel.

A los pocos minutos un viejo servidor de la familia, asomando su enjuta y afeitada cara por la puerta principal, anunció con voz meliflua:

—¡El señor juez!

Un hombre joven, empaquetado en su larga levita y con el sombrero y el bastón borlado en la mano, avanzó con seguro paso e inclinóse cortésmente ante las señoras, que le invitaron, más con los ademanes que con las palabras, a tomar asiento cerca de donde ellas se habían colocado.

Doña Paz y su hija Agustina eran viudas y para consuelo de sus infortunios Dios les había dado una criatura angelical, que durante diez y ocho años ocupó día

por día y hora por hora, la existencia de la madre y de la abuelita. Las dos habían compartido las inquietudes y las zozobras que en los primeros años producía la delicada salud de la niña, y cuando María, que así se llamaba el ser objeto de todos sus cariños y sus desvelos, estuvo en edad de recibir la educación que por su linaje y por su fortuna correspondía, no quisieron confiar a extrañas gentes encargo tan delicado, y ellas mismas cuidaron, con el auxilio de escogidos maestros, de que dentro del hogar encontrara cuanto era preciso para cultivar el espíritu y formar su corazón.

¡Cómo se agolpaban en aquel momento en la imaginación de Agustina los recuerdos de aquellos largos años consagrados por entero a su hija! Su juventud sacrificada por su María; aquellos ratos de alegría pasados cuando era chiquitita y se comía a besos sus piecitos y sus tiernas manecitas; aquel alborozo con que oía sus gritos y sus carcajadas argentinas que difundían la dicha por toda la casa; aquellas noches de insomnio pasadas a la cabecera de su cama cuando la fiebre quería burlarse de sus maternales previsiones; todo aquel despertar de los sentimientos y sensaciones de la niña que tanto más la ligaran a las faldas de sus dos madres, que no tenían más ojos para mirar que los de su María, más voluntad para decidir, ni más inteligencia para pensar que las de su nenita!

¡Todo había sido un sueño! La niña creció y se hizo mujer; la mujer empezó a sentir las pasiones impuestas por la naturaleza, y otros cariños disputaron a la madre y a la abuelita el derecho que creían tener a ocupar por completo aquel corazón que ellas habían intentado modelar a su imagen y semejanza y que tendrían largo tiempo prisionero con las dulces cadenas del amor de sus amores, de aquel amor que sólo conocemos cuando lo hemos perdido.

No fué esto todo. María eligió para compañero de su vida a un hombre a quien por enemistades de familia no podía la madre dignamente consentir en darle la mano de su hija, y ésta, colocada en el duro trance de disgustar a su madre o seguir los impulsos de su corazón, se dejó arrastrar por su naciente cariño y decidió marchar al altar, cerrando los oídos a los consejos de la que le había dado el ser.

Agustina no quería creerlo. No, no podía ser que su hija adorada tuviera el valor de abandonarlas; pero los hechos con su aplastante realidad se imponían a sus ilusiones.



“El hombre que buscaba a Dios”, por Juan Soca -

El infatigable escritor y gran poeta, se lanza hoy con una producción intensa, personal: «El hombre que buscaba a Dios», libro escrito en recio castellano, de exaltada ideología humana. En diez narraciones plantea su autor diez problemas de honda psicología. En cada una de estas narraciones puede decirse que cuanto vió u oyó su autor ha resultado en él, adquiriendo una inusitada claridad y un profundo sentido.

Admirable colaborador y colorista, Juan Soca nos lleva de la mano por un mundo lleno de atormentadoras realidades, de cada una de las cuales surge un problema nuevo al que signa el poeta con una solución hondamente espiritual y humana. En cada protagonista vive un ejemplo, un espejo de bondad y de dureza, de justicia y de dulzura.

«El hombre que buscaba a Dios» es el triunfo del corazón, de la paz, del trabajo, de la justicia, de la idealidad: es la suprema elevación del alma. «El hombre que buscaba a Dios» es el hombre bueno que todos llevamos escondido en el fondo del pecho y que casi siempre resulta vencido por el otro hombre ruín, indigno, cobarde, pobre de espíritu que también vive en nosotros. Así resulta más sugestiva y animada cada narración de este libro intenso, lleno de vida, matizado de animados episodios de intensa acción, real en los hechos y en los personajes, interesante siempre.

La lectura de «El hombre que buscaba a Dios» deja el alma emocionada como la misma realidad.

Componen estas narraciones un volumen de 200 páginas bellamente impreso y cubierta a bicolor de Bartolozzi.

La próxima edición de un libro

Asociación literaria Becquer, establecida en Barcelona, quiere editar un libro de poesías de poetas inéditos, poniendo en cada ejemplar una papeleta en blanco para que cada lector manifieste cual de los poetas ha estado más inspirado.

El que tenga más votos será premiado con una medalla de oro.

Allí estaba el juez, demostrando con sus requerimientos lo inminente de la separación.

El buen señor trató con su amabilidad de hacer menos violenta la escena. María fué llamada a su presencia, penetró en el salón con la mirada baja, pero con aire resuelto. Agustina contestó a la demanda del juez con una nueva negativa de su consentimiento. La niña manifestó con entereza su decisión de contraer matrimonio con el hombre que había provocado aquel acto. El representante de la ley la ofreció galantemente el brazo y los dos salieron de la estancia sin atreverse a dirigir una mirada a aquellos dos seres que allí quedaban como petrificados por una ráfaga glacial de desolación.

Sonaron sus pisadas en la antesala, luego en la escalera, a poco se oyó rodar el coche que conducía a la hija querida a casa del pariente donde había de quedar depositada el tiempo que las leyes prescriben.

Cuando las puertas se cerraron, Agustina, de rodillas ante su madre, ocultó su rostro en el regazo de la anciana y dió rienda suelta a la inmensa pena contenida tanto tiempo y que por momentos la asfixiaba.

Entre sollozo y sollozo sus lamentos expresaban las tribulaciones que torturaban su alma.

—¡Mamá, mamá! ¡Nos han robado su cariño! ¡Qué negra ingratitud! ¡Por qué crecerán las hijas!

La noble anciana de blanquísimos cabellos, que no había desplegado sus labios y devoraba en su corazón agonías no menos intensas que las de su hija, cogiendo entre sus manos de cera la cabeza de Agustina y despositando en su frente un beso amoroso le dijo:

—¡Hija mía! Tú olvidas que su madre no fué mucho más juiciosa hace veinte años.

—¡Perdón, madre mía, perdón!

—Estas perdonada. ¿Qué sabemos hacer las madres, más que perdonar?

R. PAMPLONA ESCUDERO.

Aficionados: enviad vuestras fotografías de asuntos regionales a esta Revista, que los publicará con agrado. Queremos coleccionar en estas páginas todas las manifestaciones artísticas del solar conquense. Contribuir a su divulgación, es una labor de sano regionalismo.